

Cuando la columna de Santa Cruz salió de Isluga en la mañana del 27 de noviembre, la atmósfera se cubrió de una neblina espesa que impedía ver a pocos pasos de distancia. No hay exageración en decir que esa neblina que es frecuente en el desierto, llega al punto de que en ciertas ocasiones, estirando los brazos se perciben con dificultad las propias manos. Ella es el enemigo del baqueano que hace tanto papel en las guerras del desierto. Brújula en ese mar de arena, el baqueano es un instrumento inseguro, sujeto a un fenómeno que se llama "empamparse" que es girar alrededor de un punto, sin poder encontrar el rumbo, perturbación de la vista y del cerebro, que acababa de experimentar el Coronel Suárez en la noche de Dolores y que sufrirá ahora la columna de Santa Cruz.

Así se explica que habiendo salido del campamento antes que todos, Santa Cruz se encontrara dos o tres horas después cuando pudo orientarse con la luz del sol, a poquísima distancia de Ramírez, y solamente entonces comprendió la situación en que se hallaba y tomó el camino que lo conducía a su fatal destino.

La neblina junta las divisiones Santa Cruz y Ramírez

Si los directores del desgraciado plan de subdividir la tropa, en fracciones pequeñas, susceptibles de ser batidas en detalle, hubiesen aprovechado la circunstancia fortuita de que dos columnas se habían reunido, es decir, que la neblina, mejor General que ellos, juntaba lo que se empeñaban en fraccionar; si entonces, considerado ya por la hora fracasada la sorpresa, la división entera se reúne en los bordes de la quebrada y empeña unida el combate, todo hace creer que habría obtenido una victoria fácil, y que no hubiera regado aquel campo con inútiles torrentes de sangre. Pero desgraciadamente tal idea no

cruzó por el cerebro de los directores, y el plan adoptado a media noche se cumplió al pie de la letra.

Santa Cruz siguió avanzando. Su tropa marchaba así: adelante la compañía de Granaderos de Villagrán; seguían las dos piezas de artillería de montaña a lomo de mula mandadas por Fuentes; en pos dos compañías de Zapadores dispersas por la sed y el cansancio. Las mandaban sus capitanes don Alejandro Baquedano y don Belisario Zañartu. Ambas tenían un efectivo de 135 hombres cada una.

Seguía a los Zapadores otra sección de dos cañones también en mulas, a cargo del Alférez Ortúzar, y cerraba la marcha la compañía del 2º de línea con 100 hombres a cargo del capitán don Emilio Larraín.

El desfile se hacía en un espacio no menor de 20 cuabras. A poco trecho de Tarapacá, Santa Cruz mandó que los Granaderos se adelantasen para tomar la aguada de Quillahuasa que era parte muy importante en el plan, y aun manifestó el deseo de que la artillería avanzara junto con la caballería, pero no fué posible hacerlo, porque llevando los sirvientes de las piezas sujetas las mulas por el ronzal, éstas tenían que marchar al paso de los infantes.

La sección de Santa Cruz que marchaba al borde de la quebrada divisó al enemigo en el fondo y a su vez ella fué vista por unos arrieros que salían del pueblo de Tarapacá, los que regresaron a comunicar la grave noticia al Ejército peruano que estaba, como ya lo he dicho, preparando su retirada completamente descuidado.

La sorpresa había fracasado, y con ella todo el plan. Santa Cruz vió que el enemigo corría a las armas. Fuentes y Ortúzar le propusieron bajar los cañones de sus armones y ametrallar las tropas enemigas, pero no se atrevió a faltar a lo convenido sin conocimiento de sus jefes y siguió avanzando.

Santa Cruz tuvo la nobleza de reconocer su error, diciendo que había procedido así por no desbaratar la combinación acordada. Esa oportunidad perdida por un exceso de mal entendida disciplina fué tan decisiva que Pinto tenía razón al decir a Sotomayor:

“Si Santa Cruz atiende la indicación de Fuentes, probablemente el resultado habría sido otro en Tarapacá”.

Suárez, al recibir la noticia que le comunicaron los arrieros, se consideró perdido.

Para salvarse necesitaba salir del pueblo y ocupar las alturas. Quedarse en Tarapacá era exponerse a ser fusilado desde el alto sin poder defenderse.

Cáceres y Bolognesi comprendieron que estaban metidos en una trampa de que necesitaban escapar. Cáceres trepó por un camino de arriería que hay en el costado del cerro en que se apoya el pueblo, y Bolognesi corrió con su división a dominar la ceja más prominente que enfrenta el costado opuesto de la población.

El Ejército peruano se salva tomando la altura Fué una victoria para el Ejército del Perú haber conseguido tomar las alturas.

“La sola ascensión, escribía Suárez, hasta el nivel de los baluartes contrarios fué por sí misma un triunfo”. “Antes de combatir, hemos tenido que ponernos en condiciones de hacerlo”.

Suárez tenía razón. Quedarse en la quebrada era resignarse al martirio. Eso fué lo que hizo el Regimiento N° 2 desgraciadamente.

A esa hora, las 10 de la mañana más o menos, se había disipado la neblina. El manto húmedo cubre de repente la pampa y desaparece también de repente. Lo desgarran en minutos el sol canicular de esa región que lo dardea con saetas de fuego.

Cáceres trepó a la altiplanicie en que marchaba Santa Cruz, la que se conoce con el nombre de Cuesta de la Visagra. La tropa que lo acompañaba era su cuerpo favorito, el Zepita, dirigido por su segundo jefe el Comandante Zubiaga, y el "Dos de mayo" por el coronel don Manuel Suárez. Entre ambos debían tener 700 a 800 hombres.

La columna de Santa Cruz deducida la caballería, que en ese momento estaba a tres leguas de distancia, podía oponerle 400.

Cáceres ataca a Santa Cruz El primero en llegar a la cuesta con Cáceres, fué el Zepita, y momentos después el "Dos de mayo". Ambos extendieron su línea a retaguardia de Santa Cruz, dejándolo cortado de Arteaga y de los dispersos que caminaban a la desbandada. Las tropas peruanas rompieron los fuegos a una distancia no mayor de cien metros.

Su primer ataque fué arrogante. Los soldados disparaban de pie con la jactancia de la victoria fácil y segura.

Santa Cruz que era un valiente, dió frente a retaguardia y formó su línea en arco, apoyando la izquierda en la artillería que estaba al borde del barranco.

Entretanto y apenas se rompieron los fuegos, nuestros soldados vieron que otra columna reforzaba al enemigo. Era la división Exploradora, Coronel Bedoya, que llegaba con dos cuerpos de refresco, el Ayacucho N° 1 y el Provisional de Lima, mandados por los Comandantes Somocurcio y Zavala. Cáceres disponía así desde los primeros momentos de cerca de 1.500 hombres contra los 400 de Santa Cruz.

En esas condiciones tan desiguales se sostuvo el combate cerca de media hora hasta que una embestida de la infantería enemiga le arrebató sus cañones a Fuentes.

Los valerosos oficiales de esas piezas no pudieron hacer otra cosa que inutilizarlas.

Santa Cruz cambió su posición verticalmente a la quebrada.

El esfuerzo de la lucha, el cansancio, y la sed, ejercían su influencia en la tropa chilena. Los soldados apenas podían mantenerse en pie y se tiraban al suelo buscando la protección de las piedras que les servían de mampuesto para disparar. Además estaban diezmados por el fuego. Los testigos del combate calculan que en la primera hora, los Zapadores y la compañía del 2° habían perdido la tercera parte de su efectivo.

En el campo peruano, el fuego había hecho también muchas víctimas.

Habían muerto el coronel del "Dos de mayo" don Manuel Suárez, el 2° Jefe del Zepita, el Sargento Mayor del Ayacucho, el 2° del Lima, y muchos oficiales estaban heridos, entre ellos gravemente un hermano del Jefe de la división, el Teniente Cáceres.

Destrozos en la columna de Santa Cruz

El combate había empezado a las 10 próximamente. A las 10 1/2 estaba perdida la artillería. No se puede precisar cuanta gente nuestra cayó en ese primer ataque, ni quiénes fueron los que primero rindieron sus vidas, pero basta considerar que el enemigo fusilaba en avance por el frente y los flancos a un pelotón de soldados desde una cuadra de distancia, para comprender que a esa hora los 400 hombres debían estar terriblemente disminuidos. Nuestra columna fué destrozada y obligada a batirse en dispersión.

Si el Comandante Santa Cruz había cometido el error de ceñirse demasiado a la disciplina, aceptando el combate en tan malas condiciones, debe decirse en su honor que en esa hora de angustiosa prueba manifestó un valor a la altura de su reputación. A caballo, sirviendo de blanco por su elevada estatura, se le vió siempre en los puestos de mayor peligro.

Cuando el enemigo se creía vencedor apareció un refuerzo chileno que cambió la fisonomía del combate.

La división Arteaga protege a Santa Cruz

Al romperse los fuegos, la subdivisión del Coronel Arteaga se encontraba a una legua de distancia. Marchaba despacio porque según el malhadado plan adoptado, su papel era impedir la fuga de las tropas de Tarapacá lo que se calculaba que no sucedería antes de las 11 del día. Pero al oír el estampido de los cañones y los disparos de fusilería, los cuerpos se precipitaron de carrera, saltando sobre los guijarros que cubren el camino o hundiéndose en la arena.

Esos cuerpos eran el Chacabuco y la Artillería de marina con sus Jefes, mandados por Arteaga. Al llegar a la zona de fuego se extendieron en la pampa, peleando en dispersión y auxiliando a los Zapadores vencidos. El combate se restableció, pero el cansancio y la sed agobiaban también a los recién llegados, y el enemigo se había aumentado con tres cuerpos nuevos, el Ayacucho N^o 3, el Provisional de Lima y el Arequipa, y además con la división del Coronel Ríos que tenía un efectivo de más de 1.000 hombres. Con ese refuerzo el fuego y la matanza tomaron proporciones horribles.

“Cinco veces, dice la relación peruana de un testigo del combate, fueron rechazados los chilenos volviendo otras tantas a reorganizarse y atacar con el mismo tesón”.

Así se mantuvo la situación dos horas largas, en la caliente y desolada pampa. Los chilenos por táctica natural coronaban las lomas y disparaban por grupos. Hubo un momento en que no pudieron resistir y empezaron a hacer fuego en retirada, batiéndose de puesto en puesto, sin soltar las armas, disputando a palmos el terreno a sus contrarios cada vez más orgullosos y triunfantes, llegando así hasta cerca del punto en que se habían separado algunas horas antes de los soldados de Ramírez, frente de Huaraciña. A esa hora que era el medio día, la batalla estaba perdida para Arteaga. La pampa cubierta de muertos y de heridos. Las manchas negras de los uniformes chilenos resaltaban en la cenicienta arena, y de allí partían los tiros dispersos de los heridos que aferrados a sus rifles seguían disparando, e inclinaban después la cabeza y el brazo desfallecidos.

Vergara avisa al General en Jefe el estado del combate

A esa hora algunos oficiales, entre ellos el ayudante del Coronel Arteaga don Jorge Wood hicieron un esfuerzo supremo para disputar la victoria. Vergara envió a Dibujo esta parte al General en Jefe, revelándole lo que pasaba escrito con lápiz, con mano firme, en que no se nota una pulsación más.

“Señor General. Nos batimos hace más de tres horas con fuerzas muy superiores. Estamos en mala situación, y no es improbable una retirada más o menos desastrosa. Conviene que nos mande encontrar con agua y algunos refuerzos. D. g. a US.—*José Francisco Vergara*”.

Entre las fuerzas que se retiraban con la infantería, iban dos piezas de artillería Krupp, una descompuesta. La que quedaba servible la mandaba el subteniente don Santiago Faz. Se la colocó en el centro, y a los lados se agruparon los infantes resueltos a contrarrestar la derrota.

En ese momento en que la tropa se rehacía se divisó en la abierta pampa una gran polvareda que levantaban los caballos de los granaderos, que volvían de Quillahuasa donde habían estado esperando a Santa Cruz como fué el orden que recibieron, pero al ver que no llegaba, su jefe el capitán don Rodolfo Villagrán volvía a reunirse a su columna haciendo un largo rodeo en la llanura para ponerse a cubierto de los fuegos. Wood corrió donde Villagrán, según parece sin tener orden de nadie, y haciendo valer su carácter de Ayudante del Comandante en Jefe le ordenó cargar contra el enemigo que se había detenido al ver la actitud de la infantería. Los Granaderos no deseaban otra cosa. Al toque de corneta blandieron sus afilados sables en el aire. Se formaron dos líneas. En la primera tomó colocación Vergara.

Cargan los Granaderos a caballo

“Hácese notar, dice un folleto que relata estos hechos, por el color blanco de su vestidura que lo hacía el blanco de los proyectiles del enemigo”.

En el opuesto lado de la misma fila, iba Wood. La Compañía marchó primero al trote, después a la carga y a degüello. Los enemigos no se esperaron para resistir la embestida. Solo uno que otro grupo que no pudo retirarse bastante ligero cayó bajo los sables de los Granaderos. Esta carga restableció el combate. La línea de infantería que permanecía a retaguardia de la caballería cobró bríos, y el enemigo que un momento antes se consideraba vencedor retrocedió a bastante distancia y se estableció en un punto colocado fuera del alcance de los fuegos.

La batalla se restablece en favor de los chilenos

Así terminó la primera fase de esta cruenta refriega. Los chilenos creyeron que esa retirada era definitiva y se lanzaron a la quebrada a satisfacer la sed rabiosa que los devoraba. Pero la tropa peruana no estaba vencida sino contenida en su avance, y los jefes aprovecharon la tregua para esperar a que volvieran las divisiones de Pachica que Buendía y Suárez enviaron a buscar con emisarios sucesivos.

¿Cuántos episodios ignorados hubo en esas tres horas de combate? ¿Cuántos rasgos de heroísmo en la lucha individual en la abierta y dilatada pampa? ¿Cómo rindieron sus vidas cada uno de los que inscribieron sus nombres en el martirologio de la Patria? No se sabe otra cosa de verdad sino que el campo

estaba cubierto de cadáveres y de moribundos, y que a la distancia se proyectaban en el desierto, que tiene el poder de agrandar las figuras, los cuerpos encorvados de los heridos que podían andar, buscando el camino de Dibujo, sirviéndose del rifle como de bastón, sin soltarlo de las manos, y mirando a cada momento hacia atrás para tirarse al suelo y disparar. Se sabe que en el terrible encuentro de la mañana fallecieron el 2º Jefe del Chacabuco mayor don Polidoro Valdivieso, el ayudante don José Martínez Ríos, los tenientes don Jorge Cuevas y don Pedro Urriola hijo del Coronel Jefe de los Navales. Zapadores había perdido cinco subtenientes, don Amadeo Mendoza, don Froilán Guerrero, don Francisco Alvarez, don Ricardo Jordán y don Francisco Silva. Y estaban heridos la mayor parte de los oficiales.

En las filas peruanas el cuadro era igualmente aterrador. A los muertos y heridos graves ya nombrados hace poco, hay que agregar en el "Dos de mayo" dos oficiales muertos y seis heridos, en el Zepita cuatro oficiales muertos, seis heridos, y así en los demás. En una palabra innumerables oficiales de los dos campos habían pagado su tributo al hierro enemigo.

Mientras se libraba este encarnizado combate en el alto, tenía lugar otro más reñido y feroz en el bajo.